

Las palabras justas

No moriré del todo: Gabriel García Márquez

CONRADO ZULUAGA

Luna Libros, Bogotá, 2017, 244 pp.

EN LA tarde del Jueves Santo del año 2014, como el desenlace de una coincidencia cabalística trabada décadas atrás, murió el escritor Gabriel García Márquez en Ciudad de México. Mucho antes, cuando apenas se iniciaba en la extenuante labor de emborronar cuartillas para cumplir con la obligación de entregar una columna para el periódico cartagenero *El Universal*, el recién iniciado periodista publicó un comentario, en la clave humorística de esos primeros textos, sobre el despropósito existencial del día jueves, cuya naturaleza de intervalo empozado entre el rendimiento laboral del miércoles y los aires de festejo del viernes lo hacía refractario a cualquier propósito. También decía el joven columnista que el jueves, a más de inútil y estorbo, no servía ni siquiera para morir.

Resulta tentador ver en esta columna de junio de 1948 un premonitorio anuncio de juventud, muestra de las facultades adivinatorias heredadas de la abuela Tranquilina, sobre cuándo le llegaría el heraldo definitivo, pero de mayor interés resulta otro aspecto del texto: el estilo temprano de la prosa de García Márquez. De hecho, Conrado Zuluaga, en una entrevista concedida a propósito de la publicación de *No moriré del todo: Gabriel García Márquez*, decía, citando a Nabokov, que lo mejor del recuento de la vida de un escritor no es la crónica de sus aventuras, sino la historia de su estilo; principio —agrega— al que decidió acogerse para escribir esta biografía actualizada del Nobel colombiano.

Uno de los primeros episodios relacionados con el surgimiento del estilo se remonta a los años de infancia en Aracataca, cuando el abuelo, el coronel liberal Nicolás Márquez, asistió con el nieto a un circo que estaba de paso por el pueblo. El viejo coronel quedó perplejo cuando alguien entre el público, que lo había oído decirle a su nieto que el exótico animal exhibido en uno de los números era un camello,

le atajó la certeza con una corrección antipática: el rumiante arrastrado hacia el centro de la carpa esa tarde no era un camello, sino un dromedario.

Dispuesto siempre a enmendar las lagunas de sus saberes enciclopédicos, el coronel acogió la corrección y enseguida quiso saber cuál era entonces uno y otro animal, no tanto para ahorrarse futuras equivocaciones en público, como para evitarle a su nieto el triste destino de empezar a ver un mundo reducido por carecer de palabras justas para nombrarlo. El coronel, de nuevo sorprendido porque el hombre que le había señalado la imprecisión tampoco conocía la malhadada diferencia, regresó a la casa y bajó del anaquel un abultado volumen —el “tumbaburros”, lo llama García Márquez en sus memorias con un precioso mexicanismo— y, acompañado por el asombro del nieto, le mostró el milagro cotidiano de consultar el libro que, según él, contenía todas las palabras del mundo.

Esta anécdota sobre el descubrimiento del diccionario, si bien corresponde a una época en que el autor no podía ser todavía consciente del prodigio del hallazgo, es el germen de una de las lecciones más perdurables del oficio para García Márquez: moverse con suficiente soltura por los dominios de la lengua para lograr entresacar de allí, en la batalla diaria de la escritura, la palabra exacta, el *mot juste* que Flaubert persiguiera con obstinación maníaca. Además del encuentro con el diccionario, de los tiempos felices de Aracataca es la lectura de las *Mil y una noches*, en una edición sin portada que le permitió leer sus historias sin la prevención paralizante de quien entra por primera vez en las páginas de un clásico universal.

La salida de Aracataca, a los ocho años, se ha contado siempre como una expulsión del paraíso, en parte por la recreación hecha por García Márquez en sus memorias y en parte por la obsecuencia de ciertos biógrafos con la versión del autor. Sea como fuere, tras haber abandonado la casa de los abuelos, vivió por temporadas cortas en Sincé, Barranquilla y Sucre (el pueblo), antes de internarse en Zipaquirá para terminar los estudios de bachillerato y luego seguir hacia Bogotá con el propósito —más del padre

que propio— de cursar una carrera en derecho.

Con la llegada de García Márquez a la tierra fría empiezan a asomar algunas flaquezas de la biografía de Zuluaga. El biógrafo, en un afán de síntesis, despacha en párrafos demasiado breves el paso del escritor por el Liceo Nacional de Varones de Zipaquirá y con algo más de detalle los años de universitario, lector y cuentista novel en Bogotá. Sobre los cuatro años de bachiller interno en el colegio de Zipaquirá, dice Zuluaga que fue entonces cuando García Márquez “reafirmó su gusto por la poesía española del Siglo de Oro y el romanticismo, y descubrió a [...] Thomas Mann y Aldous Huxley” (p. 34). El somero recuento de la formación literaria deja por fuera la lectura de los 101 volúmenes de la Selección Samper Ortega de Literatura Colombiana, cuyas páginas le abrieron a García Márquez una perspectiva amplia de la tradición nacional, y omite también la efímera existencia de la *Gaceta Literaria*, una publicación juvenil en la que García Márquez colaboró con el algo anodino seudónimo de “Javier Garcés”, con el que también firmó un ejercicio poético publicado en *El Tiempo* en 1944, tres años antes del primer cuento de *El Espectador*, generalmente considerado el primer texto del autor en conocer la gloria de las letras de molde. Tampoco menciona la escritura del cuento “Psicosis obsesiva”, una composición narrativa escrita ya con aliento (o asfixia) kafkiano años antes de haber tenido siquiera noticias del autor checo (Dasso Saldívar, autor de la mejor biografía de García Márquez, habla de una posible lectura en voz alta de una obra de Kafka durante una de las clases del liceo).

Más adelante, sin haberse detenido en figuras como el rector Carlos Martín —el discreto poeta piedracielista encargado de abrirles campo a las humanidades en el currículo del liceo tras el cerco ejercido por las ciencias exactas bajo la orientación del rector anterior— o Carlos Calderón Hermida —el profesor de literatura y lengua españolas de los cursos avanzados, y uno de los primeros en adivinar tras el velo de una ortografía erizada de faltas el talento literario del estudiante de Aracataca—, concluye el biógrafo el paso

RESEÑAS		BIOGRAFÍA
<p>de García Márquez por el internando de la ciudad sabanera: “Finalizados sus estudios en Zipaquirá y después de haberse ganado la atención y la simpatía de los compañeros de colegio y de los profesores, [...] García Márquez ingresó a la Universidad Nacional” (p. 36).</p> <p>Una vez en Bogotá, viene la sucesión de episodios ya hartos conocidos del derrotero mítico del escritor: el progresivo desencanto con las aulas universitarias, las tardes de bohemia en los cafés del centro, el encuentro fulminante con la <i>Metamorfosis</i> de Kafka en la traducción espuria de Borges y el golpe de suerte consagratorio de su carrera: la publicación, el sábado 13 de septiembre de 1947 en <i>El Espectador</i>, de “La tercera resignación”, el primero de una serie de cuentos escritos en un tono de “fantasía intelectual”, como acertadamente los llama Jorge García Usta en <i>García Márquez en Cartagena: sus inicios literarios</i>, investigación sobre la formación temprana del estilo garciamarquiano.</p> <p>A propósito de la mención del libro de García Usta, en la biografía de Zuluaga el período de Cartagena recibe un tratamiento desigual frente al de la vecina Barranquilla, siguiendo la ya señera teoría del estudioso francés Jacques Gilard según la cual Cartagena fue apenas una escala antes de aterrizar en la órbita del célebre Grupo de Barranquilla. Zuluaga, por ejemplo, solo pondera el valor de las figuras tutelares del grupo de Cartagena en relación con los hitos de la carrera de García Márquez y no en relación con la altura intelectual de cada uno: Zabala era un políglota que dejó entre sus últimos papeles una traducción de un texto euskera, Ibarra Merlano se paseaba con rigor gozoso por los clásicos griegos y latinos, y Rojas Herazo pintaba con la misma versatilidad con la que escribía. Además, hace observaciones sobre el estilo de García Márquez francamente desatinadas: “No fue ajeno a ese estilo —dice refiriéndose a las primeras columnas de <i>El Universal</i>— que consiste en escribir como si ‘latín aún habláramos’ ” (p. 45); algo que, leyendo esas columnas, no se advierte ni en el dominio léxico ni en el plano sintáctico. En cambio, pasa por alto la influencia de Ramón Gómez de la Serna, latente en ese humorismo que se mueve entre “ese</p>	<p>trozo de la calle que va del teatro a la funeraria”, para decirlo con una greguería del maestro español.</p> <p>Con los reparos anteriores no se ha pretendido otra cosa que destacar algunas omisiones sobre ciertos aspectos de la formación del estilo de García Márquez en una biografía que, por lo demás, está escrita en una prosa ágil y cuidada, y que sirve como una excelente introducción a ese vasto ámbito de la lengua que es la obra de García Márquez.</p> <p style="text-align: center;">Jerónimo Uribe Correa</p>	